

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales

La mona y el gato

Vivían una vez, en un lugar que no hace al caso y en una casa sita en el lugar, dos amigos inseparables y fraternales: una mona y un gato.

La mansión donde moraban era suntuosa; los daños complacientes; la comida, abundante, y las golosinas, inabarcables.

Sin embargo, la glotonería de la mona nunca se veía saciada, y todo lo que alcanzaba la zarpa del gato, caía indefectiblemente en su estómago.

Cierta noche en que los dueños estaban al amor de la lumbre, con sus hijos, asando castañas, la inesperada visita de un ángel que les anunció el fin del mundo, obligó a abandonar el aposento, y gato y mona se encontraron solos ante la golosina que avizoraba con sus ojillos el astuto simio.

Mucho podía en el ánimo del mono el deseo; pero era también mucho el respeto que le inspiraba el dueño. Los dueños, viendo esto, se acordaron de la lumbre, su astucia, entonces, le sugirió una luminosa idea: por medio de signos hizo comprender al gato que si lo sacaba de aquel apuro y satisfacía sus deseos, él, en la primera ocasión, le devolvería centuplicado el favor, ya que con su ligereza podía alcanzar sitios y efectuar captañas a las que no podía llegar con su propio esfuerzo. Convencido el inocente gato y sufriendo mil quemaduras en sus patitas, fue poco a poco sacando de la lumbre las castañas, que engullía después, tranquilamente, la mona.

Los fabulistas conocedores del hecho lo consignaron en sus apólogos; el instinto popular, que si no sabe hacer consejos, sabe condensarlos en breves sentencias resumió esta acción en la conocida frase de «sacar las castañas del fuego».

Eso mismo están haciendo sin interrupción todos los modernos políticos de nuestra desdichada política: buscan amistades, pro-

meten mercedes y honores, aseguran que labrarán la felicidad de aquel que les ayude en sus planes; y mientras el inocente pueblo se expone a quemarse en las revueltas, y a salir descalabrado en los motines, ellos solos se aprovechan de sus atrevimientos y comen después tranquilamente el fruto de los sacrificios hechos en su favor.

No se tiene más que repasar la Historia de todas nuestras revueltas para convencerse de esta verdad; no hay huelga, ni motín, ni asonada, en la que no haya dos figuras perfectamente definidas, en la que no jueguen el principal papel las multitudes engañadas y se adjudiquen el más provechoso los caudillos engañadores.

Desde el diputado ocioso, que promete bienandanzas sin cuento a sus electores para después de la victoria favorecer a los amigos, con tal de poder asegurar el próximo triunfo, hasta el que lanza a las multitudes contra la fuerza armada, y urde huelgas pagadas por logreros y paros bochornosos, que hacen perder innumerables riquezas a regiones enteras, todos hacen en la sociedad el papel de la mona y cargan a los demás con el pesado papel del gato.

Parece mentira que en el siglo de la civilización y de la cultura aún se engañe a los hombres, como se engañaba a los animales; parece insensible que existan seres tan cándidos, que se dejen explotar por vividores sin conciencia, aun exponiendo, como exponen muchas veces, su vida.

Y es que la astucia y la ignorancia dominan al mundo; que las mañas de los listos siempre tuvieron terreno abonado para ejercerse en la multitud de los tontos, y que la fábula de la mona y el gato es una actualidad palpitante siempre y en todas las épocas.

Es menester decirlo esto muy

alto y muy fuerte; repetirlo sin cesar ante todos y en todo momento; detener a la multitud enardecida cuando las palabras de un agitador profesional le lanza a la calle, y preguntarle atentamente: ¿Qué papel vas a hacer en esta revuelta? ¿Qué ventajas vas a conseguir? ¿Qué honores y preeminencias vas a lograr? Medita bien el esfuerzo que vas a hacer con el provecho que vas a conseguir, y recuerda el viejo cuento, no sea que estés haciendo inocentemente el papel de gato para que haya monas que sobre tus espaldas y a costa de tus sacrificios, estén después saboreando tranquilamente en el rincón de sus casas el fruto de tus esfuerzos, tal vez burlándose de tu inocencia, tal vez escarneciendo la facilidad con que les obedeces, tal vez meditando nuevas y más lucrativas hazañas, contando siempre con tu insensata cándidez.

Silencio heroico

No es deshonora. Y la conciencia tuya tranquila está, porque le consta y sabe que ha cumplido leal con sus deberes, no es e la la que pide que tú habies...

...Discúlpate? de qué? quién te ha culpado?

¡Jesús! Cuántos cristos sabe tomar el egoísmo necio, cuando quiere vencer a todo trance. ... Si, ya lo sé, podrías hablar muy claro, y con razón, palpable demostrar el por qué de lo que ha sido y nombrar al culpable; pero al final ¿de todo, qué tenemos? Que tu orgullo se llevó a ese combate, que tu amor propio vence, y la victoria es de él. Y eso te basta. No has de luchar con los demás, contigo has de emplear tu fuerza y dominarte; es lucha formidable y silenciosa, y cruel a la vez, pues tus afanes, tus penas, tus martirios, la verdad, tu heroísmo, no se saben, ninguno los conoce, no los celebra nadie. Nadie más que Dios. Dios que te mira, el Dios que ha de juzgarte, el Dios que ve tus intenciones todas, el Dios al que no puedes engañarle, ¿Qué mejor para tí que mayor gloria? ¿No vale esta victoria que te calles?

RAFAEL PAU DE FOXA

Cultura popular

FEBRERO

El mes de Febrero no existía entre los Romanos hasta que Numa Pompilio le añadió con el Eneuro, al calendario del Rómulo.

Con respecto a su etimología, hay opiniones diversas. Unos hacen derivar su nombre de Februus, deidad que presidía las purificaciones, que durante él era costumbre establecida. Algunos hacenle originario del dios Februus, y otros en fin le consideran dimanado de la diosa luna, a quien se daba el nombre de dea Februus.

Los antiguos representaban al mes de Febrero bajo la figura de una mujer vestida con una larga túnica, teniendo a su lado un ave acuática, de la que brotaba agua a raudales, como para significar las copiosas lluvias de este tiempo.

Celebre era este mes entre los romanos por las muchas fiestas y negocios públicos a que se entregaban con diversas denominaciones, instituidas en honor de la antigua hospitalidad.

El día de este mes en el signo de «Pisces» representado por dos peces, sin duda para denotar la proximidad de la pesca.

Si consideramos Febrero bajo el punto de vista religioso, nos ofrece la Iglesia la imagen de aquel niño feliz, presentado por el Salvador a sus discípulos como modelo de Santidad y de perfección, aquel joven dichoso, dirigido después por el gran Evangelista, aquel hombre que consagrado siempre a la piedad cristiana, constante compañero del enfermo y del menesteroso, elevado a la alta dignidad de Obispo de Antioquia, observó aun inalterable una Vida digna de ser imitada, y que el emperador Trajano mandó aporajar a los leones. Este hombre es el gran mártir de la Iglesia, el gran mártir de la humanidad.

Con relación a los hechos históricos, numerosos son en verdad durante el presente mes de Febrero, descollando entre los

EL ARCO